

ALEJANDRO BERCOVICH
ALEJANDRO REBOSSIO

VACA MUERTA

El sueño de un *boom* petrolero argentino.
Las historias detrás de los negocios,
la corrupción y la amenaza de un
desastre ambiental

Una investigación entre
Texas y Neuquén

Vaca muerta

ALEJANDRO BERCOVICH
ALEJANDRO REBOSSIO

Vaca muerta

Las historias detrás de los negocios, la corrupción y la amenaza de un desastre ambiental. Una investigación entre Texas y Neuquén

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1 El descubrimiento](#)

[Capítulo 2 La fractura](#)

[Capítulo 3 Los pioneros](#)

[Capítulo 4 La resistencia](#)

[Capítulo 5 Tomando carrera](#)

[Capítulo 6 El salto adelante](#)

[Capítulo 7 Contrastes](#)

[Capítulo 8 Negocios y negociados](#)

[Capítulo 9 La reconquista](#)

[Capítulo 10 La ciénaga](#)

[Capítulo 11 Los márgenes](#)

[Capítulo 12 El pacto](#)

[Capítulo 13 El río revuelto](#)

[Capítulo 14 Bonanza](#)

[Capítulo 15 La brecha](#)

[Capítulo 16 Los efectos colaterales](#)

[Capítulo 17 Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Glosario petrolero](#)

[Anexo 1](#)

[Anexo 2](#)

[Anexo 3](#)

[Anexo 4](#)

[Anexo 5](#)

[Anexo 6](#)

[Anexo 7](#)

[Anexo 8](#)

Alejandro Bercovich - Alejandro Rebossio
Vaca Muerta . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta,
2015.
E-Book.
ISBN 978-950-49-4631-1
1. Investigación Periodística. I. Rebossio, Alejandro II. Título
CDD 070.44

© 2015, Alejandro Bercovich y Alejandro Rebossio

Diseño de cubierta: Departamento de Arte del Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Imagen de cubierta: Collage digital sobre fotografías de Ricardo Ceppi

Diseño de interior: Paul Vinuesa

Todos los derechos reservados

© 2015, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2015

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-4631-1

A los que trabajan por un mundo más justo.

A Inés, Luz y Olivia.

ALEJANDRO REBOSSIO

A Manuel, Toia y Ángela.

ALEJANDRO BERCOVICH

Introducción

Este libro nació del súbito interés que suscitó en todo el mundo una formación rocosa hundida a 3.000 metros bajo la superficie de Neuquén, descubierta hace casi un siglo pero jamás mencionada hasta que una nueva técnica experimental la convirtió para el imaginario criollo en poco menos que la piedra filosofal: Vaca Muerta.

Su nombre irrumpió de golpe en los discursos de políticos oficialistas y opositores, barones del petróleo y analistas de todo pelaje. La nueva quimera del gas y el crudo encerrados en la roca hizo resonar por todas partes un anglicismo nuevo, *fracking*, también desconocido hasta 2013 en Argentina pese a que denomina una técnica que había iniciado su furor en Estados Unidos al menos un lustro antes. Se empezó a hablar de inversiones multimillonarias, de ingentes recursos enterrados bajo yacimientos que parecían agotarse y de miles y miles de puestos de trabajo que devolverían la vitalidad a una región olvidada junto al río Neuquén, que alimenta silenciosamente y desde los años 70 las hornallas de nuestras cocinas y los altos hornos de nuestra industria.

Un país inmerso en una crisis energética, en medio de la mayor disparada del barril de petróleo desde la fundación de la OPEP en 1973 y con un consumo impulsado por la recuperación de su economía, se abrazó casi sin pensar a la ilusión de convertirse en la Arabia Saudita del futuro. Pocas pero aguerridas voces se alzaron rápidamente para advertir sobre los peligros que encerraba para el medio ambiente, a la vez que un puñado de comunidades originarias empezaban a reclamar que se las consultase antes de convertir el suelo bajo sus pies en un auténtico queso gruyer. Los gobiernos de la Nación y la provincia de Neuquén iniciaron una disputa por la renta que generaría esa verdadera gallina de los huevos de oro, a la cual se sumaron después las demás provincias con perspectivas de explotar recursos similares.

Vaca muerta es producto de más de 250 entrevistas realizadas por los autores a lo largo de un año y medio, pero especialmente durante tres viajes a Neuquén y uno por los pueblos y ciudades de Texas donde estalló la revolución técnica que cambió la matriz energética y la economía de Estados Unidos. Fueron más de 500 horas de reportajes con poderosos magnates de la industria petrolera, funcionarios del más alto nivel gubernamental, ejecutivos de operadoras de pozos, ingenieros especialistas en perforación y fractura hidráulica, activistas de la resistencia ambientalista, líderes mapuches, obreros, académicos y vecinos de los pueblos cercanos a los nuevos reservorios no convencionales.

Los autores, periodistas especializados en economía, revisaron mapas antiguos y pliegos de concesiones poco transparentes, libros y *papers* sobre geología e informes económicos de bancos y agencias de inversión. Pero sobre todo escrutaron las historias de decenas de personajes fundamentales para entender qué son el *fracking* y Vaca Muerta y cómo empezaron a cambiar la fisonomía de la zona de Añelo, la nueva Meca de quienes buscan convertirse en *shalellionaires*, como hicieron muchos texanos al calor del reverdecer de sus perforaciones. Este libro es una invitación al lector a que acompañe a los autores en ese viaje, para enterarse de la mano de esos personajes de cómo Vaca Muerta cambió Neuquén, cómo puede cambiar la Argentina, los conflictos que ya abrió en el territorio y los recaudos que deberían tomarse para evitar profundizarlos.

Capítulo 1

El descubrimiento

Kent Bowker respiró hondo. Sabía que estaba frente a una oportunidad única. Quería mostrarle al mundo que Estados Unidos podía volver a autoabastecerse de energía. Todo gracias al gas y al petróleo escondidos en las burbujas microscópicas de la roca Barnett, hundida 2.300 metros bajo el suelo del norte de Texas.

Bowker no había transitado nunca los pasillos del Capitolio, donde el presidente Bill Clinton acababa de zafar de la destitución por el escándalo Lewinsky. Tampoco estaba demasiado al tanto de la invasión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) a los Balcanes, que mantenía ocupado a mediados de 1999 al establishment político estadounidense. Era un geólogo texano simplón, campechano y con sobre peso, que acababa de renunciar a Chevron desencantado por el desmantelamiento de su equipo de «gas no convencional», al que algunos de sus ejecutivos se referían con sorna como «gas no comercial». Faltaba apenas una década y media para que la misma multinacional desembarcara en Argentina como la principal socia de YPF (51% estatal) en Vaca Muerta, el mayor reservorio de hidrocarburos no convencionales en explotación fuera de Norteamérica.

La empresa a la cual Bowker recién entraba a trabajar, Mitchell Energy, había apostado sin éxito desde principios de los 80 a extraer gas de formaciones *shale* como la Barnett. Aunque acababa de conseguir resultados sorprendentes en un par de pozos experimentales gracias a un cambio accidental en el fluido que usaba para fracturar la roca, sus acciones caían en picada en Wall Street. Los inversores empezaban a impacientarse ante sus masivas adquisiciones de campos que permanecían improductivos porque costaba perforar tan profundo, destruir las miniburbujas y extraer el gas que tanto necesitaba la superpotencia, al borde de otra crisis. El barril de crudo toma-

ba carrera para su salto más pronunciado de la era de los combustibles fósiles, mayor incluso que el posterior a la crisis del petróleo de 1973. Pero todavía cotizaba por debajo de los 20 dólares. Ninguneados durante décadas, los especialistas que advertían sobre el inminente agotamiento de la savia del capitalismo empezaban a aparecer en los diarios y la televisión.

Bowker, un rubio alto y simpático, de vestir tradicional y lentes redondos sin marco, cumplidor con el trabajo pero amante del descanso, no tenía mucho margen de error. Sabía que para convencer al país y al mundo de que ahí había un tesoro, antes tenía que persuadir a la plana mayor de Mitchell de doblar su apuesta por esa roca. Si no, lo iban a congelar como en Chevron. La mayoría del directorio no compartía el entusiasmo del viejo George Mitchell, un magnate obsesionado con volver a sacar de las entrañas de Texas la energía que el Tío Sam ahora tenía que ir a buscar a tierras lejanas y hostiles como las de Medio Oriente. Kent ya se había ganado enemigos poderosos en el directorio, incluido al nuevo CEO de la compañía, por haberles dicho que estaban equivocados, que la Barnett tenía más gas de lo que ellos mismos creían, y que él podía contarles lo que había aprendido en Chevron.

El geólogo rememora el momento más importante de su vida unos 15 años después, en su modesta oficina en The Woodlands, una ciudad en miniatura, arbolada como Cariló pero con asfalto y edificios modernos bajos, una urbe que desarrolló el mismo Mitchell en las afueras de Houston en la década del 70. Es el mismo lugar donde tenía su sede Mitchell Energy, la empresa que encabezó la revolución del *shale*.

—Aquí hay cientos de años de gas. Ya nunca más el gas va a ser caro. Si baja mucho el precio, bajará la perforación, pero después volverá a subir el precio por esa eventual baja. El autoabastecimiento de petróleo es más difícil, pero el de gas está garantizado —se jacta sin exagerar este geólogo pionero del *shale* de 59 años.

Sabe que Estados Unidos se reinventó en el último lustro y se siente en parte responsable del giro, con esa mezcla de orgullo y prepotencia tan propia de muchos petroleros.

Aquel día de la primavera boreal de 1999, tras un año de cuentas y mediciones, Bowker subió al salón de conferencias del quinto piso del cuartel general de la compañía para en-

frentar al directorio, encabezado por el propio Mitchell y su hijo Todd. Sintió la mirada hostil del CEO, Bill Stevens, que venía de ExxonMobil y pasaba sus horas buscando la forma de sacar a Mitchell de su obstinación por las profundidades de Texas y convencerlo de ir a perforar a África, como hacían las *majors*. Empezó a exponer sus cálculos en lenguaje técnico hasta que Mitchell lo interrumpió para preguntarle cuánto gas realmente había debajo de los miles de acres que había alquilado durante años y que se había comprometido a alquilar por muchos más. Entonces el geólogo pidió una calculadora y tras un minuto que duró una eternidad dijo:

—185.000 millones de metros cúbicos de gas en cada milla cuadrada del área.

Era más de cuatro veces lo calculado hasta entonces por la empresa. El veterano Mitchell le respondió con una gran sonrisa y ordenó que alquilaran más acres —medida usada en la industria petrolera equivalente a 0,4 hectáreas— en Barnett. El mapeo de Bowker fue la chispa que encendió la revolución del *shale* en Texas.

El mismo efecto tendría para Vaca Muerta, 12 años después, en 2011, el informe de la Administración de Información sobre Energía (EIA, según sus siglas en inglés) de Estados Unidos que estimó que Argentina era el tercer país con más recursos de gas no convencional del mundo, solo por detrás de China y la superpotencia. Vaca Muerta es una roca hundida entre 1.000 y 3.000 metros debajo de la superficie de la provincia de Neuquén, y parte de Mendoza y Río Negro. En algunas zonas llega a aflorar en el suelo neuquino. Tiene una extensión de 30.000 kilómetros cuadrados, similar a la de Bélgica. En 2013, la EIA recalculó y determinó que Argentina superaba a Estados Unidos y que además tenía el cuarto reservorio de recursos de petróleo no convencional del planeta.

Las cuentas de aquel gordito republicano y enemigo de los ecologistas eran lo que venía a complementar el perfeccionamiento del *fracking* que había logrado por casualidad un ingeniero de la misma empresa al intentar abaratar el fluido que históricamente se usaba para rascar el fondo de la olla de los pozos convencionales. Mitchell Energy ganó aquel año casi 100 millones de dólares, tras haber perdido 50 millones en 1998. La reunión en la que Bowker expuso sus cuentas lanzó a

la empresa a una desenfrenada carrera de alquileres de campos y perforaciones de pozos como no se veía desde los 70 en el estado que por entonces todavía gobernaba George W. Bush, cuyo PBI sería el 14° del mundo si se independizara de Washington. En 2001, cuando el joven Bush ya había llegado a la Casa Blanca, Mitchell vendió su compañía por 3.100 millones de dólares a Devon Energy y se coló en el panteón de los megamillonarios norteamericanos del crudo junto a David Rockefeller y J. Paul Getty.

Por sus servicios, Bowker recibió en 1999 solo 120.000 dólares y otros 20.000 en opciones sobre acciones. Menos de lo que gana un gerente en cualquier petrolera argentina.

—No estoy mal por los 20.000. Hay un montón de geólogos que estarían felices de haber hecho algo que iba a cambiar Estados Unidos, y no sé si el mundo —aclara. Cuando Mitchell Energy se vendió, Kent simplemente renunció porque sintió que Devon no estaba interesada en él.

Nick Steinsberger, el ingeniero que descubrió el líquido de fractura, no corrió mejor suerte. Bowker dice que no guarda rencor hacia el viejo Mitchell. Le agrada el anonimato y le siguen brillando los ojos cuando exhibe un tarrito con petróleo de otra formación *shale* del sur de Texas, Eagle Ford.

—Huele a dinero —sonríe, aunque el aroma se parece más a nafta y acetona.

Se apresura entonces a mostrar un trozo de la roca Barnett, algo gris, algo negra, ligeramente aceitosa al tacto, más liviana que un trozo de mármol del mismo tamaño pero más pesada que una piedra pómez o porosa.

Para convertir una piedra así en el petróleo que llena ese tarrito o en el gas que podría suplir el que Argentina importa de Bolivia o por barcos que vienen de Trinidad y Tobago o Qatar, hay que transitar un camino que incluye grandes cantidades de perforación, *fracking*, inversión, reparto de la renta, negocios, puestos de trabajo, trastornos sociales, pelea por la tierra y conflictos por el impacto en el medio ambiente. La diferencia entre la roca y el líquido del frasquito es similar a la que existe entre lo que la industria petrolera llama recursos y lo que denomina reservas. Los recursos, los que tiene Argentina en abundancia según los informes de Estados Unidos, son el petróleo y el gas técnicamente recuperables. Pero las reservas

son los recursos económicamente explotables. Y eso depende de que el precio —libre o subsidiado— pague los costos de la extracción.

Estados Unidos inició su revolución del *shale* que lo convirtió en 2014 en el primer productor mundial de todos los hidrocarburos, por encima de Rusia, y que le ha permitido conseguir el autoabastecimiento de gas y soñar con el de petróleo, porque transformó esos recursos conocidos desde hace décadas en reservas. Por un lado, bajó los costos para extraer el crudo y el gas de esquistos bituminosos, que son esas rocas arcillosas como las que exhibe Bowker, el geólogo que mensuró Barnett. Básicamente se combinaron dos técnicas ya conocidas en la industria: el *fracking* y los pozos horizontales, que se diferencian de los tradicionales que se perforan en forma vertical. Por otra parte, el precio interno del gas en Estados Unidos y la cotización internacional del petróleo subieron tanto en los años 2000 que se justificaron las inversiones en hidrocarburos no convencionales, que son de dos a cinco veces mayores a las requeridas en pozos convencionales.

En plena discusión sobre la conveniencia o no del acuerdo de YPF con Chevron para explotar la principal formación *shale* de Argentina, un ex economista jefe de la petrolera argentina durante el gobierno de Carlos Menem (1989-1999) comparó recursos con reservas y llegó a decir que «lo que hay en Vaca Muerta equivale en barriles de petróleo a la mitad de las reservas de hidrocarburos de Arabia Saudita». El autor de la frase fue el diputado de Propuesta Republicana (PRO) Federico Sturzenegger, secretario de Política Económica en el gobierno de Fernando de la Rúa (1999-2001) y uno de los principales asesores de la candidatura presidencial de Mauricio Macri en 2015. Sturzenegger la publicó en un artículo del diario *La Nación* en junio de 2013.

Más de un año después de aquel artículo, el 22 de septiembre de 2014, quedó claro que no solo el conservadurismo criollo se ilusionaba con la utopía saudita. La presidenta Cristina Kirchner se reunió ese día en Nueva York con el estadounidense de origen húngaro George Soros, quien por su patrimonio de 24.000 millones de dólares es el 20° hombre más rico del mundo, y compró en la bolsa el 3,5% de YPF entre 2013 y 2014. Horas después, en un encuentro con líderes sindicales

de todo el mundo, la jefa de Estado se entusiasmó con Vaca Muerta: «Se habla ya de Argentina como la nueva Arabia Saudita», dijo. La Presidenta, que había viajado por la asamblea anual de la ONU y había aprovechado para concretar otras reuniones, les comentó a los gremialistas que la comparación con el país de Medio Oriente poseedor de un quinto de las reservas probadas de petróleo, solo superadas por Venezuela, había sido formulada por un funcionario norteamericano a un par argentino. Cristina Fernández de Kirchner aclaró que había una diferencia con Arabia: «No estamos en medio de guerras, no hay enfrentamiento religioso ni diferencias étnicas».

Aquellas declaraciones ocurrieron antes de que los sauditas emprendieran una ofensiva en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) para sobreabastecer el mercado y bajar el precio del barril, lo que numerosos analistas internacionales interpretaron como un intento de dejar fuera de combate a nuevos competidores, como los *frackers* de Estados Unidos. Este cartel clave para la definición del precio del barril está integrado por 12 países. Además de Arabia Saudita, lo forman Argelia, Angola, el Ecuador de Rafael Correa, Irán, Irak, Kuwait, Libia, Nigeria, Qatar, los Emiratos Árabes donde trabaja Diego Maradona como embajador deportivo y la Venezuela de Nicolás Maduro. También hay quienes sostienen que la propia superpotencia estuvo detrás de esa rebaja del 46% en 2014, desde los 98 dólares por barril a los 53. Era un bajón dañino para su *revival* petrolero, pero aún más para países que la enfrentan en la arena diplomática, como Rusia o Venezuela. Dentro de la OPEP, los intentos venezolanos por concertar un recorte de la producción para sostener la cotización resultaron vanos frente al poder de Arabia Saudita, aliada de Estados Unidos (aunque también acusada de ser fuente de financiamiento del terrorismo islámico fuera de sus fronteras).

Si el *shale* de Estados Unidos quedaba herido por el abaratamiento del petróleo, ¿qué sería de Vaca Muerta? Por un lado, el gobierno de Cristina Kirchner impuso un precio interno del barril que a principios de 2015 costaba 77 dólares en Neuquén, casi un 60% más que en el mercado internacional, con el fin de incentivar la inversión. Solo aceptó una rebaja del 5% para aliviar el precio de los combustibles en medio de una inflación anual del 37,3% en 2014, según las agencias provincia-

les de estadística. Por otro lado, el precio del gas, que no fluctúa como el del petróleo pero compite con él en el mercado de combustibles, también fue fijado por el gobierno argentino a un valor considerado alto por las petroleras. Esa cotización está además subsidiada por el Estado.

Pero todos estos estímulos de precios enfrentan dos problemas. Por un lado, en el mundo, las multinacionales de los hidrocarburos están llenando menos sus billeteras que antes por la rebaja del crudo y, por lo tanto, tienen menos dinero para invertir en Vaca Muerta o en cualquier otro lado. Por otra parte, la exportación de crudo excedente de Argentina se retribuye al precio internacional, y no con el precio interno sostén, aunque el Gobierno anunció en enero de 2015 que subsidiará con 2 o 3 dólares por barril a cada empresa que la mantenga o aumente respecto de 2014. También subvencionará con 3 dólares el sostenimiento de la producción.

En la industria petrolera prefieren evitar las comparaciones con Arabia Saudita. En la campaña argentina a favor del *fracking* que las empresas encargaron al Instituto Argentino del Petróleo y el Gas (IAPG), el presidente de esta entidad integrada por empresas públicas y privadas y sus proveedoras, el ingeniero Ernesto López Anadón, descartó una y otra vez en charlas con periodistas en los últimos 2 años que los recursos de gas de Vaca Muerta fueran a transformarse todos en reservas o que pudieran equivaler a la mitad de los del reino autoritario de Salmán bin Abdelaziz. No es técnica ni económicamente fácil hacer esos recursos explotables comercialmente. En la sede del IAPG en pleno centro porteño, en la calle Maipú, con la presentación de Power Point que repite y actualiza para mostrar también a políticos de diversas ideologías, López Anadón prefiere comparar Vaca Muerta con Loma La Lata, el yacimiento de gas convencional de la provincia de Neuquén que llegó a contar con la mitad de las reservas de Argentina. A partir de su desarrollo en los 70, Loma La Lata permitió una mayor oferta de gas en la matriz energética argentina, con la que se reemplazaron combustibles líquidos como insumo para centrales eléctricas, se expandió el polo petroquímico de Bahía Blanca —donde están las plantas de la belga Solvay Indupa, de la norteamericana Dow, Mega (de YPF, Dow y la estatal brasileña Petrobras) y Profertil (de YPF y la canadiense